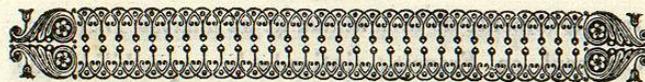


cido tan altamente desde el nacimiento de su orden.»
Después de la expulsión, para deslumbrar al pueblo y sostener las contestaciones que debían esperarse con Roma, se nombró una junta de cinco Obispos, con cuyo auxilio se quería también consumir el plan de destruir la Inquisición; pero este Tribunal subsistió, porque en este punto no se pudo vencer ni al confesor ni al Rey. Algo más pudiéramos decir; pero nos reservamos hacerlo para la vez que se quiera insistir en Pastorales tan ridículas como la del Arzobispo de Burgos, ó en otros Documentos tan infames como el que hemos impugnado. Baste por ahora esta sencilla reflexión: ¿si cuanto aseguran estos calumniadores *contemporáneos*, eran hechos tan ciertos y públicos; por qué ocurrir para la destrucción de los Jesuitas á *motivos reservados* en los Reales pechos? ¿Había cosa más fácil que alegar estas causales tan justificadas, para una providencia que con razón se temía disgustase á los pueblos? La respuesta es obvia. Si tales acusaciones hubieran motivado una sentencia tan cruda, habrían sido desmentidas entonces, como lo fueron después y lo son hoy, que se ha podido ya hablar la verdad.—*EE.*



EXTINCION

DE LA

COMPANIA DE JESUS.

HABIA ya desaparecido la Compañía de Jesus de todos los países á que extendían su dominación Francia, España y Portugal. Los tres Ministros, Pombal, Choiseul y Aranda, aunque animados con el mismo ódio contra ella, y adheridos á la misma facción anti-religiosa, habían sin embargo empleado medios y hecho valer motivos muy diferentes, según las circunstancias en que cada uno de ellos se encontraba, sin embarazarse por las contradicciones y absurdos en que era preciso incurrir para llegar al cabo. Por esto en Portugal, donde la memoria de San Francisco Xavier inspiraba todavía un gran respeto al Instituto de S. Ignacio, inventó Pombal crímenes atroces para hacer odiosos á los Jesuitas, y declaró que habían degene-

rado totalmente de la santidad de su piadoso Instituto. Choiseul en Francia, sintiendo la imposibilidad de ennegrecer la reputacion de los individuos, hizo atacar, por medio de los Parlamentos, la supuesta doctrina del cuerpo y el mismo Instituto de S. Ignacio, como detestable y á propósito para propagar todos los vicios. Aranda en España, encargado de satisfacer el resentimiento profundo de un Rey que se creía ofendido, descargó un solo golpe sobre seis mil inocentes, sin que se pudiese adivinar el motivo, y dejó al Príncipe el cuidado de justificar á los ojos de la posteridad ese exceso de despotismo.

Cárlos III. no se creyó bastante vengado por un acto que en sí mismo era ya tan odioso: persiguió á sus víctimas con una perseverancia incansable; escribió cartas de su puño á los Reyes de Francia y Portugal, estrechándolos á reunir sus esfuerzos á los suyos para arrancar de concierto al Sumo Pontífice la supresion de la Compañia de Jesus. La corte de Lisboa accedió sin dificultad á los deseos del Rey de España, como que ese era el voto mas ardiente del Marqués de Pombal. No fué tan fácil reducir á la corte de Francia. Luis XV. habia sacrificado los Jesuitas de su reino al temor de las revoluciones con que se le amenazaba, y á la seguridad de su persona que no estaba libre del puñal de otro Damiens; mas no quería llegar á ser perseguidor de una Compañia que apreciaba, amaba y extrañaba. Por esto, á pesar de cuanto pudo decirle Choiseul, se negó al principi-

pio á las solicitaciones del Rey de España; pero al fin, intereses políticos y las reiteradas instancias de Cárlos III., que hacia consistir en eso su reposo, su amistad y aun su alianza, arrancaron la adhesion al débil Luis XV.; y el Embajador de Francia en Roma recibió órdenes de reunirse á los de Madrid y Lisboa, para solicitar, sin descanso, la supresion de la Compañia.

Entretanto, murió Clemente XIII., con la reputacion de un Pontífice piadoso, edificante, zeloso, caritativo, firme, incapaz de transigir nunca en punto de sus obligaciones, costárale lo que le costara. Su invencible constancia en sostener á la Compañia de Jesus, le atrajo tratamientos los mas injuriosos de parte de las coronas engañadas y excitadas por el espíritu filosófico, á que solo opuso representaciones paternales, súplicas elocuentes y paciencia incansable. Los hombres del siglo, no encontrando con que ajar su memoria, lo han acusado haber tenido miras muy cortas, lo que no significa otra cosa sino que no tenia las de ellos, y que nada podia determinarle á salvar las estrechas barreras de su deber. El Cónclave que siguió, fué largo y bastante turbulento. Los Cardenales estaban divididos en dos partidos opuestos: los unos, bajo el nombre de zelosos, querian un Papa bastante firme para marchar por las huellas de Clemente XIII. y sostener á la Iglesia atacada por todas partes. Los otros, apoyados por las coronas, pedian un Papa bastante conciliador, para sacrificar algo y restablecer la concor-

dia con los Príncipes. En el primer partido se contaba al Cardenal Ganganelli. Como él debía su promoción, no solo á Clemente XIII., sino tambien al P. Ricci, General entonces de los Jesuitas, á quien el Papa habia consultado sobre esta eleccion, no podia ser sospechoso al partido de los zelosos. Estas, además, le habian oído decir varias veces, *que no se debía pensar mas en suprimir la Compañia de Jesus, que en demoler la cúpula de S. Pedro.* Por otra parte, cierta facilidad de carácter que tocaba en ligereza, algunas palabras que dejaba escapar en presencia de los Cardenales adictos al partido de las coronas, sobre la necesidad de pacificar la Iglesia y contemporar algo con las circunstancias, hicieron juzgar á éstos que era el Papa que les convenia. Se le propuso, pues, como el único, cuya eleccion podia satisfacer, y aproximar los dos partidos. No pudiendo los zelosos conseguir que saliese el que hubieran deseado, y esperando además que Ganganelli, llegando á Papa, no olvidaria lo que debía á su predecesor y á la Compañia de Jesus, consintieron en darle sus votos. Fué elegido en 1769, y tomó el nombre de Clemente XIV.

No somos de la opinion de los escritores que han afirmado, sin pruebas suficientes, que el nuevo Papa habia debido su exaltacion á una promesa firmada por él y enviada al Rey de España, por la que se comprometia á extinguir la Compañia de Jesus. No hay necesidad de esa suposicion, casi tan injuriosa á Cár-

los, como al mismo Clemente, para explicar la conducta de este Papa, sus condescendencias con las cortes, sus durezas para con los Jesuitas, y en fin, el Breve de supresion. Tampoco entraremos en los pormenores de su vida privada, rastreando en ella faltas á que su ligereza natural daba bastante verosimilitud. Ni aun de su vida pública nos detendremos en otros hechos que los que se refieren directamente á nuestro asunto.

Apenas se sentó Clemente XIV. en el trono pontificio, cuando apartó de sí aquellos Cardenales que habian obtenido la confianza de su predecesor, y cuyo zelo habia correspondido tan perfectamente al de Clemente XIII., contra la liga de los enemigos de la Iglesia. Por su parte los Jesuitas, que creían haber adquirido en él un nuevo protector, se desengañaron bien presto: su General, á quien Clemente era deudor de la púrpura romana, fué mal recibido, y se le ordenó poco despues que no se presentara en el Vaticano. Al mismo tiempo se dió prisa el Papa en dirigir preliminares á las coronas, queriendo, al parecer, obtener á toda costa la restitucion de los dominios y otros derechos pontificios, que las potestades seculares le habian usurpado á Clemente XIII., en pena de su inflexible firmeza. Entonces fué cuando los Ministros de las diferentes cortes explicaron sus pretensiones y las condiciones con que convenian en la paz; y lo hicieron en un tono que no admitia negativa: era indispensable sacrificarles á los Jesuitas. Sobre todo, Cár-

los III. fincó en este punto con tan extremo calor, que la menor demora le parecia una denegacion injusta. Clemente tergiversa, procura ganar tiempo, representa diversos obstáculos que hay que allanar, y medidas preliminares que tomar.

Así fué, que estrechado por el Ministro francés, respondió desde luego, que el asunto de los Jesuitas no exigia, ni menor reserva, ni menos prudencia que el de los Templarios; que estos, aun ya reconocidos culpables, no habian sido suprimidos sino en un Concilio general; que si á los Príncipes parecia bien, recurriria al mismo expediente, y se apoyarian en la autoridad del cuerpo Episcopal. Mas no era esto lo que los Ministros querian: sabian muy bien que los Obispos reunidos no dirian otra cosa, que lo que habian dicho los Obispos separados; y resolvieron, por esta vez, que el Papa no tenia necesidad de la auencia de ellos para juzgar en último recurso.

Por su parte la corte de Madrid se quejaba altamente de la lentitud del Papa: la viva impaciencia de Carlos III. no se acomodaba á las precauciones que Clemente creía debia tomar antes de descargar el golpe decisivo; y añadió amenazas á las instancias. El Pontífice, estrechado mas y mas por este Príncipe ardiente é irritado, le suplicó le ayudase para vencer los obstáculos que temia encontrar en las cortes católicas de Alemania, donde los Jesuitas gozaban todavia de una grande consideracion. El Rey de España sabia mejor que nadie, cuan posi-

tivos eran esos obstáculos: ya habia procurado vencerlos, y habian sido completamente inútiles sus tentativas. Los tres Electorados eclesiásticos, el Palatinado, la Bahiera, la Silecia, la Suisa, la Polonia, los vastos dominios de la casa de Austria en Bohemia, en Hungría, en Italia, en los Países Bajos, estaban llenos de numerosos establecimientos de la Compañia. Los Soberanos de todos estos estados no eran gobernados por ministros filósofos; miraban á los Jesuitas como apóstoles de la sana doctrina y buenas costumbres, y se creian interesados en su conservacion. Sin embargo, Clemente emprendió, á su vez, hacerlos entrar en las miras de las cortes coligadas contra la Compañia. Este proyecto convenia muy poco al gefe de la Iglesia, y su resultado fué del todo vergonzoso para él. La respuesta de la Emperatriz Maria Teresa fué digna de su gran carácter y de su amor acia la Religion. «No examino, dijo ella, si los Jesuitas han merecido lo que les acaba de suceder en Portugal, Francia y España. En cuanto á mí, que no tengo motivos sino para congratularme de su zelo y de sus trabajos en mis estados, miro su existencia y su conservacion como importantísimas al bien de la Religion y de mis pueblos: con tal persuacion, los debo mantener y proteger.» En Polonia los Jesuitas, directores casi únicos de la educacion, de la enseñanza, y de las conciencias, estaban además ligados, por su nacimiento, con las primeras familias del estado y con la nobleza

omnipotente en ese reino. El Primado, consultado por el Nuncio, le hizo entender que un sacudimiento de esa clase causaria en el estado y en la Religion una conmocion, cuyas consecuencias era dificil calcular. El Rey de Polonia declaró por su parte «que á pesar de su deferencia á la Santa Sede, creeria faltar á la primera de sus obligaciones, si no usase de todo su poder para conservar á la Compañia de Jesus.»

La Silecia, pasando á la dominacion de Federico II. Rey de Prusia, habia conservado todos sus establecimientos católicos. Ese Príncipe, amigo de las letras igualmente que de las armas, honraba con particular proteccion á los Jesuitas de la Silecia. Cuando se le tanteó sobre la supresion, respondió: «los Jesuitas de mis estados desempeñan con zelo y fruto las funciones que les están confiadas, sería injusticia suspenderlos.» Los filósofos de París, con quienes estaba ligado por sus opiniones atrevidas sobre la Religion, y aun mas por sus pretensiones á la gloria literaria, lo estrecharon muchas veces á que expeliera á los Jesuitas de la Silecia. El se burló de sus instancias, y las terminó respondiendo á d' Alembert: «he garantizado la religion católica en Silecia, y no he encontrado mejores sacerdotes, mejores maestros, mejores súbditos que los Jesuitas; nada me importa que los expelan de otras partes, yo debo protegerlos en Silecia. Los filósofos de París lo llevarán á mal, pero mi peculiar filosofia me ordena ser fiel á mis

promesas.» Los electores de Treberis, de Colonia, de Moguncia, de Babiera, el elector Palatino, los cantones Suizos de Luzerna, de Fribourg y de Solura, en fin, la República de Génova, no disimularon al Papa su adhesion á un Orden cuya utilidad les era manifesta; ellos le suplicaron no privase á sus estados de los frutos de bendicion, que la Compañia de Jesus hacia producir en ellos por sus trabajos apostólicos.

Reclamaciones tan fuertes, tan unánimes, formaron un contraste admirable con lo que pasaba en Italia por orden y á la vista del Soberano Pontífice. Los Jesuitas del estado eclesiástico fueron notificados con aparato, para que cerrasen sus Colegios; despues se les prohibió enseñar, predicar y confesar; y mas tarde, se fijaron sellos en los archivos de todas sus casas. Estos golpes de autoridad, descargados sin motivos ostensibles, hicieron poco honor á la mano de que partian, é infundieron á los enemigos de la Compañia audacia para emprender todo contra ella. Asegurados ya de la impunidad, se ocuparon gustosos los agentes subalternos en suscitarle pleitos injustos, en que nunca dejaba de salir condenada. En Boloña, un visitador apostólico, el Cardenal Malvezzi, abriendo una especie de persecucion, abusó de su poder para procurar hacer apóstatas. Dirigióse de preferencia á los jóvenes Jesuitas. Para seducirlos no omitió ninguno de los medios que podian hacer valer la edad y el carácter, sostenidos por los sofismas y

las promesas. Tantos esfuerzos solo sirvieron para vergüenza de quien los empleó: todos aquellos jóvenes permanecieron inmóviles en su vocacion, y quisieron ser Jesuitas hasta el último momento (1). El Papa, creía sin duda dar á las cortes, especialmente á la de Madrid, pruebas de su buena voluntad por las vejaciones que hacia sufrir á la Compañía, pero las cortes le agradecian poco estas satisfacciones á medias. «¿Para qué inútiles crueldades, decia un dia el Ministro español, no se le piden vejaciones en detall, sino simplemente la supresion de la Compañía?» Clemente, detenido en su marcha por la mayor parte de las cortes de Europa, hizo conocer al Rey de España todos sus embarazos, confesándole que mientras subsistiese aquella oposicion no podria pronunciar la tan apetecida extinsion, sin comprometer la autoridad pontificia. Lo invitó á redoblar sus instancias para con la Emperatriz, cuya aquiescencia, obtenida una vez, no dejaria de atraer la de los otros Soberanos. Creyóse Carlos III. burlado por Clemente; atribuyó sus embarazos, ó á pusilanimidad ó á connivencia con las cortes opuestas; y faltó poco para que los primeros momentos de su resentimiento y de su cólera, lo condujesen á un escándalo funesto. Vuelto en sí, se limitó á solicitar, con su calor acostumbrado, la cooperación de los Reyes de Francia y Portugal respecto de Maria Teresa. Inmediatamen-

(1) Recordamos que los Jesuitas mexicanos deportados de su patria, en su mayor parte residian en esa Ciudad.—EE.

te Pombal, que reinaba como siempre en Lisboa, con el nombre de José, dió las órdenes mas espresadas al enviado de Portugal en Alemania. Aunque Choiseul, por su fiereza é insolencia para con su amo, acababa de atraerse una desgracia ruidosa, pero Luis XV., que habia ya abrazado todos los intereses de la España, no creyó poder retroceder: acogió, pues, la peticion de Carlos III., y el Ministro de Francia en Viena recibió orden de obrar de concierto con las otras dos cortes.

Este paso comun estaba apoyado por una carta de Carlos III., que pintaba al natural la pasion y tormentos de este Príncipe. Maria Teresa se manifestó movida; pero no cambió de resolucion. Su hijo José II., ya Emperador, tan conocido despues por sus empresas irreligiosas, reunió sus esfuerzos á los de los Embajadores. Representó á su madre que el seguir resistiendo podria comprometerla con las tres coronas, y tal vez acarrear un cisma. Aun no se rindió Maria Teresa: pero Clemente, usando ó abusando de la plenitud de la autoridad pontificia, le hizo un cargo de conciencia de su poca sumision al Cefe visible de la Iglesia, que, revestido de un poder divino, tenia entre sus manos la vida y la muerte. Entonces la Emperatriz, bañada en lágrimas y poniendo á Dios por testigo de la rectitud de sus intenciones, accedió á la solicitud del Papa, escribiéndole: que ella jamás se habria determinado á suprimir á los Jesuitas en sus estados; pero su-

puesto que su Santidad creía absolutamente necesaria esa supresion, no se opondría mas, y se manejaría como hija dócil de la Iglesia y de la Santa Sede.

Esta aquiescencia fué un triunfo para la corte de Madrid. Ya no encontraron obstáculo sus nuevas instancias en las cortes católicas de Alemania y de Polonia: ¿cómo seguir resistiendo, despues del ejemplo de la piadosa Maria Teresa? El Rey de Prusia no cedió, sino á condicion de que los Jesuitas de sus estados, dejando el hábito, se conservarían en sus establecimientos y en sus funciones. En fin, todos los estados pequeños se rindieron á su vez, y, aunque muy á su pesar, siguieron el torrente. Terminadas estas negociaciones que se habian prolongado por cuatro años, restaba á Clemente XIV. ó formar un proceso prévio á la Compañía de Jesus, ó suprimirla pura y simplemente á virtud de su omnipotencia pontificia. El tuvo la desgracia de no tomar ni uno ni otro partido, y resolverse á un tercero que no lo justificará á los ojos de la posteridad. En 21 de Julio de 1773 firmó el famoso Breve, *Dominus ac Redemptor noster*, que suprime la Compañía en todo el mundo cristiano, y la borra del cuadro de las Ordenes religiosas. Prefirió Clemente que fuera un Breve, para evitar, por esta forma menos solemne, las formalidades de una Bula. Esta hubiera exigido un Consistorio, á fin de tomar parecer á los Cardenales reunidos: el Papa, previendo la oposicion que encontraria en la mayor y mas sana parte del sa-

grado Colegio, eludió la dificultad, dando su decreto en la forma de un Breve. Se contentó con llamar á su gabinete cinco Cardenales que sabia estar adictos á las coronas coludidas para la extincion de los Jesuitas. En presencia de ellos puso el último sello al acto que destruyó uno de los mas bellos monumentos y de los mas sólidos apoyos de la Iglesia Romana. Así acabó, despues de mas de doscientos años de existencia, la Compañía de Jesus, que habian confirmado tantos Papas; que habian protegido tantos Soberanos; que habian condecorado tantos ilustres personajes; á quien habia elogiado solemnemente un Concilio general; á quien tantos pueblos, en todas las regiones del universo, debian su santificacion; esta Compañía, en fin, que habia ya visto colocar sobre los altares á nueve de sus miembros y dado á la Iglesia millares de misioneros, de los cuales mas de ochocientos habian sufrido el martirio en menos de un siglo.

Los Jesuitas suprimidos se abstuvieron de toda queja, y aun mas de descorrer el velo de las pasiones que habian armado contra ellos á las potestades de la tierra: por su plena y entera sumision al Cefe de la Iglesia, probaron que los hijos no habian degenerado de sus padres, y que la Compañía, que les habia inspirado esta heroica resignacion, no merecia la prosercion general que se habia lanzado contra ella. Véase lo que escribia el célebre Padre d' Neuville á uno de sus hermanos, en el momento que tuvo la fatal noticia de la supresion. «La Compañía no